

Presentación

Por aquellos ojos que nos permiten despertar

El presente número de nuestra revista aparece en medio de un particular contexto en nuestro país. La consigna de “Chile despertó” se ha transformado en una sentencia que expresa al mismo tiempo indignación y ansia.

Indignación porque es un reconocimiento del hecho de habernos encontrado dormidos o, al menos, aletargados y consumidos en el ritmo de una cotidianeidad sin mayor profundidad de sentido; existencia erguida sobre lo inmediato con ‘esperanza’ en que ‘mañana no sea peor que ayer’. Un ‘ayer’ de larga data: ‘ayer’ que nombra desde la dictadura cívico-militar pinochetista hasta el pacto transicional que marcó la gran comunión entre una clase política transversal (en que la diferencia derecha/izquierda es más bien nominal o referida a algún ámbito privado) y la poderosa elite económica levantada sobre las bases de la subsidiaridad del estado en versión neoliberal.

Ansia por lo que puede venir; por la incertidumbre de aquello que es posible de ser transformado sin tener promesas por delante o senda clara que seguir: en cualquier caso, un ansia que ha puesto en millones de chilenas y chilenos tanto la sensación de que es posible incidir en el futuro, como la determinación de hacerlo cueste lo que cueste. En el fondo, entonces, el ansia es política y es ello lo más claramente relevante en medio de esta convulsión social.

Tenemos, como país, la lamentable condición de haber sido el ‘tubo de ensayo’ de esto que llamamos ‘neoliberalismo’. En una época en que teórico políticamente la ‘razón instrumental’ era sentenciada críticamente debido a su incompatibilidad con contenidos éticos, con las formas y posibilidades de una ‘comunidad’, con la necesidad de pensar lo político desde perspectivas emancipatorias, se instaló en Chile el proyecto que traducía aquella instrumental racionalidad en la nueva fase de transformaciones socio políticas que daría el nuevo aire al modelo de producción capitalista. Tales transformaciones, las calculaban unos en porcentajes de ganancias, cantidad de propiedades, posibilidades de

nuevos negocios basados en el desmantelamiento del Estado y la privatización de ámbitos como la salud, la educación, sistema de pensiones, propiedad y distribución del agua, mientras otras y otros las observábamos en cantidades de gente muerta, desaparecida, ejecutada o torturada. La victoriosa idea de que, pese a los costos en vida y derechos humanos, Chile es un país que creció económicamente durante la dictadura, ha sido la impotente forma de intentar igualar la vida humana con un auto o un televisor: ‘banalidad del mal’ que caracteriza muy ajustadamente nuestro proceso transicional inaugurado en la década de los 90.

La sociedad fue desapareciendo y fue quedándose en el registro de una asociación de consumidores. ‘Nos fuimos quedando en silencio’ recitaba la canción y comenzó a aparecer el gesto imperturbable del individuo que se entiende a sí mismo como su único recurso, su única reserva y su única prioridad: esqueleto de la ‘conciencia desdichada’ que se yergue sobre la constante simulación de todo cuanto pudiere resultar sustantivo para sostener cualquier posible identidad. Bien podría ser esto la mayor expresión (y en este sentido, el mayor de los éxitos, quizá) del modo de vida que se llama neoliberalismo: la solipsista comprensión de lo humano como ‘capital humano’, como aislada mercancía que se juega en la escena de una hobessiana existencia que algunos han querido nomenciar como ‘meritocracia’.

Lo que entendemos por ‘sentido común’ se escindió, precisamente, de ‘lo común’ en gran medida y se determinó por ‘lo privado’. Una vez materializado tal desplazamiento, todo tipo de articulación social se torna infértil o carente de sentido, a partir de lo cual la propia política se vuelve un espacio extraño a la vida cotidiana y ajena a los intereses particulares que determinan las proyecciones de los individuos; la política no solo se transforma en pura técnica (de mercado), sino que también se vuelve un ámbito privado, que es propiedad y potestad de un determinado segmento de la sociedad, que cumple con determinados requisitos (también técnicos) para administrarla: la política queda reservada, entonces, a la gestión y dicha gestión ha de ser económicamente rentable conforme su propia administración: círculo vicioso, círculo tecnocrático, círculo *post político*, cuyo resultado es una política de *reality* exponiendo en su epicentro una democracia

representativa que no dista mucho de ser un acto de prestidigitación.

A contrapelo de lo recién reseñado, la crisis, estallido, convulsión social, han venido a escenificar un *acontecimiento político*, en el entendido de que allí se expresa lo que ha permanecido constante bajo la alfombra de la institucionalidad y sus mecanismos procedimentales de circular acción. Se ha puesto, al menos, de manifiesto la impotencia del individualismo para hacer frente desde allí a las desigualdades estructurales que en la cotidianidad operan como sesgo permanente para la vida: la subsumisión de las mujeres y disidencias sexuales bajo cánones conservadores decimonónicos, la postergación y usurpación de la cultura de pueblos y naciones originarias, el abuso económico que ha traducido la sobrevivencia sobre la base del endeudamiento sin límites, la restricción de oligárquico carácter para evitar la implementación de procesos deliberativos vinculantes que hagan de la ‘participación política’ una participación real y efectiva, la hiper explotación de los recursos naturales en manos de grandes corporaciones transnacionales con total despreocupación respecto de la destrucción del planeta, se han develado como lo que realmente son: violencia política. Frente a este *acontecimiento*, frente a este ‘despertar’, la concepción de la técnica política encerrada en su propia institucionalidad ha mostrado su incompetencia y desdén, pues comprender que la extensión de su misma institucionalidad se consagra por medio de mecanismos y dispositivos de represión policial y militar equivale a superponer la noción de un determinado ‘orden social’ por sobre el orbe de las ‘necesidades sociales’, precisamente cuando es aquel mismo ‘orden’ el que ha sido puesto en crisis, cuando ese ‘orden’ es la crisis.

La necesidad de una participación real en la política nacional ha despertado en Chile. El impulso por un proceso constituyente soberano tiene por delante el desafío de contrarrestar una reedición de la llamada ‘política de los acuerdos’ -protagonista de la era transicional chilena- que vuelva a cerrar el espectro de lo político a los espacios y grupos tecnocráticos de expertos y especialistas, funcionarios de un *establishment* regido por la racionalidad económica que ha desmantelado la ‘escala humana’ de la vida política. Ciertamente, desde el ámbito de la filosofía, tenemos mucho por aprender y elaborar desde una perspectiva que busque comprender los alcances de esta emergencia social y política,

así como también aportar a las posibles dimensiones que pueden explorarse en función de re pensar modos de concebir lo político y la comunidad con horizontes emancipatorios, pero hemos de tener claridad en relación con que el rendimiento teórico que pueda desprenderse de nuestras reflexiones, se encontrará en una directa y enorme deuda con quienes, diariamente, han protagonizado –desde la primera línea- esta enorme inflexión en nuestra vida colectiva.

A esas mujeres y hombres, jóvenes, niños y niñas que han permanecido por más de dos meses gritando “Chile despertó” en las calles y plazas de nuestro país; a quienes han organizado y participado de los cabildos ciudadanos y las asambleas territoriales resignificando la discusión, el diálogo y la construcción política; a quienes han soportado los gases lacrimógenos, el agua con soda cáustica y los balines de acero; a quienes han dejado en las manifestaciones –literalmente- sus ojos y sus vidas, los y las saludamos, los y las abrazamos y hacemos de este número de la revista nuestro pequeño homenaje y agradecimiento por el enorme proceso que se han atrevido a abrir.

En nombre de todo nuestro equipo,

Felipe Berríos Ayala
Director Revista de Filosofía Otrosiglo

Santiago, diciembre, 2019